

Rodolfo Ortega Peña

A siete años del crimen

Carlos A. González Gartland

Era 1974. Un nuevo diputado nacional se incorporaba al Congreso de la agitada Argentina. Ya se perfilaba el retroceso democrático, patrocinado por quienes objetivamente servían a los intereses del gran capital, despreciaban a las masas y temían a la organización independiente de la clase obrera que se expresaba en la permanente lucha. El nuevo legislador había sido desde los sesenta un ejemplar defensor de los presos políticos de todos los regímenes y había asesorado sindicatos. Paralelamente estudiaba con acuciosidad la historia nacional y sacaba a la luz pública la acción del imperialismo y la oligarquía, enfrentadas por las montoneras criollas. Y, desde las revistas *Militancia* y *De frente*, denunciaba sin claudicaciones crímenes, negociados, traiciones y desviaciones.

Cuando se incorporó a la Cámara y tuvo que jurar su cargo, agregó a la fórmula laica que eligió: "La sangre

derramada no será negociada". Y los que maquinaban la transacción temblaron, los timoratos buscaron esconder en la chanza su pequeñez y los enemigos confirmaron que estaban frente a alguien que no vendería sus principios, ni ocultaría su ideología, claramente comprometida con los intereses de la clase obrera. El nuevo diputado era Rodolfo Ortega Peña, quien con Eduardo L. Duhalde, Mario A. Hernández y Roberto Sinigaglia integrara un homogéneo equipo de abogados, profesores y jóvenes políticos caracterizados por la insobornable entrega al servicio del pueblo.

El 31 de julio de 1974 Rodolfo Ortega Peña cayó asesinado por la metralla dirigida por los servicios de inteligencia militar, con el beneplácito de la banda Lopez reguista en el gobierno. El 11 de mayo de 1976 Mario A. Hernández y Roberto Sinigaglia fueron secuestrados por fuerzas militares y policiales y desa-

parecieron hasta hoy, como 30 mil argentinos más. Con Duhalde, estaban, entonces, completando la organización de la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU) para continuar desde esa nueva trinchera la lucha sin claudicaciones, sin compromisos, sin negociaciones espurias.

Se cumplen, pues, siete años del asesinato de Rodolfo Ortega Peña, y su promesa contenida en la frase "la sangre derramada no será negociada" mantiene toda su fuerza y guía la tarea de quienes nos sentimos parte de un proyecto nacional para Argentina al servicio de las grandes mayorías y, en primer término, de la clase obrera. Hoy, cuando se pretende por los militares genocidas el olvido de sus crímenes y latrocinios y hay quienes en las superestructuras políticas y sindicales pueden sentirse inclinados al pacto que oculte la sangre, el sudor y las lágrimas de todo un pueblo, el tribuno asesinado —Rodolfo Ortega Peña— nos recuerda desde la memoria histórica de la revolución que siempre quedaremos quienes, desde la modestia de nuestro diario quehacer, diremos "no" a la negociación de nuestros muertos, nuestros presos y nuestros desaparecidos y de los intereses de la clase obrera argentina.